

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario - B



Danos siempre de ese pan

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Éx 16,2-4.12-15: Haré llover pan del cielo

Salmo 77: El Señor les dio un trigo celeste

Ef 4,17.20-24: Vístanse de la nueva condición humana

Jn 6,24-35: El que viene a mí no pasará hambre

«Yo soy el pan de la vida»

En aquel tiempo, cuando la gente vio que en aquella parte del lago no estaban Jesús ni sus discípulos, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm para buscar a Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:



“Maestro, ¿cuándo llegaste acá?”

Jesús les contestó:

“Yo les aseguro que ustedes no me andan buscando por haber visto señales milagrosas, sino por haber comido de aquellos panes hasta saciarse. No trabajen por ese alimento que se

acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre;

porque a Éste, el Padre Dios lo ha marcado con su sello”.

Ellos le dijeron:

“¿Qué necesitamos para llevar a cabo las obras de Dios?” Respondió Jesús;

“La obra de Dios consiste en que crean en aquel a quien Él ha enviado. Entonces la gente le preguntó a Jesús:

“¿Qué señal vas a realizar Tú, para que la veamos y podamos creerte?
¿Cuáles son tus obras?”

Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito:

Les dio a comer pan del cielo”.

Jesús les respondió: “Yo les aseguro: No fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que baja del cielo y da la vida al mundo”.

Entonces le dijeron;

“Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús les contestó:

“Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed”.

Palabra del Señor

Cuando se comparte alcanza

1ª. Lectura (Éx 16,2-4.12-15): Haré llover pan del cielo

La primera lectura, del Éxodo, nos recuerda cómo el desierto es la carencia de todo. A toda persona le llega de vez en cuando su desierto: la situación crítica en la que parece que no se encuentran soluciones de ayuda para sobrevivir a tan crítica situación. Al pueblo de Israel le era muy provechoso el tener que estar en el desierto donde todo falta, para que pudiera experimentar el portentoso modo que Dios tiene para ayudar a los que en Él confían. En el desierto el Pueblo de Dios aprende a experimentar la condición de “pobre”, de “necesitado de todo” del auxilio de Dios. Esto le será útil para el crecimiento de su fe y de su esperanza en las ayudas milagrosas. En la península del Sinaí hay un arbusto llamado “tamarisco”. Produce una secreción dulce que gotea desde las hojas hasta el suelo. Por el frío de la noche se solidifica y hay que recogerla de madrugada antes de que el sol la derrita. ¿Sería esto lo que Dios le proporcionó a su pueblo, multiplicándolo claro está, de manera prodigiosa? Lo cierto es que los israelitas consideraron siempre la aparición de este alimento como una demostración de la intervención milagrosa a favor de su pueblo. Lo llamaron “maná”, porque los niños al comerlo preguntaban: “¿qué es esto?, “lo que en su idioma se dice: “Man-ah?”. También es llamado por los salmos “pan del cielo” (Sal 78) y el libro de la Sabiduría dice que, “sabía a lo que cada uno deseaba que

supiera” (Sab16,20). Jesús dirá que el Verdadero Pan bajado del cielo será su cuerpo y su sangre. O sea que este maná milagroso del desierto era un símbolo y aviso de lo que iba a hacer Dios más tarde con sus elegidos, dándoles como alimento el cuerpo de su propio Hijo divino.

Segunda lectura (Ef 4,17.20-24): Vístanse de la nueva condición

La segunda lectura continuada de la carta a los Efesios pide a los creyentes que se dejen renovar por el Espíritu Santo y pasen de un modo de obrar no digno del ser humano, a un modo de obrar digno de quien tiene fe en Cristo. Pide que abandonemos nuestro estilo anterior de vida pecaminosa y marchemos en adelante por un nuevo camino de vida cristiana. Se nos invita a no dejarnos guiar por esta “vaciedad de criterios”. En estos pocos versículos continúa la exhortación a buscar la unidad y a vivir dignamente la propia vida cristiana, guiada y fundamentada en un verdadero conocimiento de Cristo. Pablo desarrolla este argumento jugando con la antítesis del ser humano viejo y el ser humano nuevo (Col 3,9-10; 1Cor 5,7-8). Elegir la novedad, lo nuevo, es elegir a Cristo. Esto significa romper con el viejo ser humano pecaminoso, con el pecado del mundo, para estar dispuestos a una continua renovación en el Espíritu, a vivir en la justicia y santidad y ser justos y rectos. Este texto es una clara respuesta a quienes piensan que el cristianismo simplemente es una cosa del pasado.

Evangelio (Jn 6,24-35): El que viene a mí no pasará hambre

El evangelio de hoy, de Juan, el discurso del pan de vida, se desenvuelve en tres afirmaciones lógicamente sucesivas, y la primera que presenta este texto es: el real o verdadero “pan del cielo” no es el maná dado una vez por Moisés, contrariamente a lo que la gente pensaba (v.31). Es literalmente el pan que ha bajado del cielo. Dios, no Moisés, es quien da este pan (v.32). Jesús ha realizado signos para revelar el sentido de su persona (domingo anterior), pero la gente sólo lo han entendido en la línea de sus necesidades materiales (6,26.12). Jesús ha querido llevarnos a la comprensión de su persona, porque solo a través de la fe pueden entender quién es él y solo así podrá donarse a ellos como comida: pero para hacer esto es necesario trabajar o procurar por un alimento y una vida que no tienen término y que son dones del Hijo del hombre (v.27). Los judíos piensan de inmediato en las obras (v.28; Rm 9,31-32), pero Jesús replica que solo una obra deben cumplir: creer en él (v.29; Rm 3,28), reconocer que tienen necesidad de él, como se tiene necesidad del alimento material. Al considerar la exigencia de Jesús muy grande es por lo que piden una demostración de los que afirma realizando una señal que al

menos se compare con aquellas realizadas por Moisés (vv. 30-31), pues aquellas que acaba de realizar (6,2) no se consideran suficientes. Jesús responde afirmando que es más que Moisés, pues en él (Cristo) se realiza el don de Dios que no perece. Su pan se puede recoger (6,13), el maná se pudrió (Ex 16,20).

“Yo soy el pan de vida” es una fórmula de fuerza extraordinaria, parecida a aquellas otras que sólo a Jesús se podría atribuir: “Yo soy la luz del mundo”, “Yo soy el buen pastor” ... el que viene a Jesús no tendrá hambre ni sed, no necesita de otras fuentes de gozo para saciar sus anhelos y aspiraciones. Jesús es fuente de equilibrio y de gozo, fuente de sosiego y de paz. Jesús es el lugar y fundamento de la donación de la vida que Dios hace al ser humano. En Jesucristo, Dios está por completo a favor del ser humano, de tal modo que en él se le abre su comunión vital, su salvación y su amor, y en tal grado que Dios quiere estar al lado del ser humano como quien se da y comunica sin reservas. En la comunión con el revelador –Cristo- se calma tanto el hambre como la sed de vida que agitan al ser humano.

La murmuración es sueño de esclavitud

Como en el pasado domingo, la fe sigue siendo el punto de vista de la liturgia; hoy es condición para reconocer el pan de vida que sacia el hambre del hermano.

La primera lectura de hoy empieza con una escena que convierte la palabra de Dios en un espejo de la historia y de la vida de la humanidad. El episodio que narra el texto del Éxodo ocurre en el desierto del Sin, entre Elim y el Sinaí, el quince del segundo mes después de la salida de Egipto. Identificar el itinerario geográfico ha sido siempre difícil, pero no ocurre lo mismo con la intención de la tradición: Dios guía a Israel por el desierto a través de etapas que desde el inicio hasta el final duran cuarenta años.

La fatiga del viaje origina murmuraciones contra Moisés y Aarón. Moisés y el pueblo han dejado hace poco el Mar Rojo celebrando la grandeza de YHWH, quien los ha defendido del Faraón (Cap 15).

La murmuración se debe a la falta de alimento; lo que los lleva a añorar las cebollas de la esclavitud en Egipto. La aventura y conquista de la libertad ofrecidas por Dios tienen un precio de fatiga que les induce a recordar la esclavitud a nombre de mayor comodidad.

El precio de la libertad

El miedo del riesgo, el convencimiento de la imposibilidad de luchar por una vida más digna, así sea en el desierto, hace parte de esa pasividad del hombre que impide

llevar a cabo proyectos importantes y de trascendencia en medio de la lucha y de todo cuanto implica pasar de la esclavitud a la libertad; fueron esas las tendencias y sentimientos que estuvieron a punto de echar por tierra el proyecto de Dios acerca de la liberación de Israel.

El pueblo hebreo prefería la tranquilidad de la esclavitud antes que el riesgo de la lucha por la libertad. Es decir, todo lo contrario de lo que Dios quería “que vayan a celebrar en el desierto”. A la pereza de Israel por la libertad, a las cebollas, signo de la esclavitud, Dios responde con el maná, signo de la libertad. La certeza máxima de la libertad es Jesucristo, quien con su muerte se convierte en salvación, pan de vida y promesa de la vida eterna frente a la esclavitud del pecado.

Lo absolutamente novedoso de esa liberación es que al hombre le baste solo con su colaboración: Creer. A primera vista creer no implica ningún trabajo o algún esfuerzo, pero como el objeto de la fe no es ninguna doctrina, ni todas juntas, y mucho menos pedir cosas o plata; sí creer en Jesucristo y en su Espíritu resucitado y viviente, quien por el bautismo nos transforma desde nuestro interior para poder colaborar en el cambio de los demás; y quien por la cruz nos hace compasivos para serlo con los otros. Entonces la fe solo es creíble por la compasión con el prójimo; y los prójimos no son anteriores a la compasión, la ternura, la misericordia y la solidaridad.

Nos buscamos a nosotros mismos, no a los demás

Le preguntan: “¿Maestro cuándo llegaste acá? pero Jesús no responde a su pregunta, sino a su deseo de encontrarlo, recordándoles que es solo el hambre saciada en la multiplicación de los panes lo que lleva a buscarlo; pero no donación, no había sido solo de pan, sino de su persona. Por vaciar el signo no han respondido a su amor.

Cuando si lo hubieran descubierto a Él se encontrarían con el valor que tienen los demás; pero se encerraron en su propia hambre.

Los oyentes de Jesús, como los israelitas y nosotros, solo necesitamos de comida y cosas materiales, sin desear o querer plantearnos nada más. Quién sabe por qué no le creemos a Jesús cuando dice que “con Él no tendríamos sed ni pasaríamos hambre” (Evangelio).

Creer es cambiar de mentalidad

Creer exige lo que, de manera muy bella, describe Pablo en la carta a los Efesios y que hoy nos ha servido como segunda lectura: “Dejen que el Espíritu renueve su mente y revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la santidad de la

verdad". El conocimiento de Jesucristo implica una transformación personal en el modo de concebir las cosas y mirar el mundo, lo mismo que en las relaciones personales, para ayudarle a Dios a cambiar las personas en su interior. Lo anterior requiere despojarse y revestirse; se trata de revestirse del hombre nuevo creado según la justicia en la santidad verdadera (*Kainós ánthropos*).

No hay amor sin don de sí

Jesús les dice algo: "Hay que trabajar para ganarse el alimento, pero no solo el que se acaba, sino el que dura sin acabarse y da vida eterna".

El alimento que se acaba da solamente una vida que perece, reduciendo el hombre a carne. Jesús los invita a superar esa dimensión: No hay amor sin don de sí mismo a los demás, no hay don de sí mismo sin una verdadera comunicación de bienes con los pobres; solo así el don del pan adquiere su sentido de ser pan para los demás.

Como no conocen el amor gratuito creen que Dios pone condiciones o precio a sus dones, sin caer en la cuenta de que la única condición es la compasión y la solidaridad.

Israel esperaba que Jesús repitiera la multiplicación de los panes recordando el Éxodo con el prodigio del maná. Pero el milagro ahora era dar la vida por el hombre para cambiar su inhumanidad por dignidad; y cambiar su manera de amar para que pudiera amar y perdonar con el mismo amor de Dios en Jesucristo, la compasión.

El pan es el amor de Dios en la cruz de Jesucristo, don continuo de Dios que no acaba: alimento que dura dando vida definitiva. Este pan sacia también el hambre material del hombre, porque es un amor que cubre al hombre en todas sus necesidades: "Si el señor es mi pastor nada me falta porque tú vas conmigo" (Sal 23).

La gente reacciona pidiéndole de aquel pan que Él mismo debía de dar: ¡Señor, danos siempre de ese pan! Todavía no han comprometido el trabajo que es adherir a su persona, pero amando a los demás. En los demás Jesús se identifica como pan.

Lo que viene de Dios es benéfico y gratuito

El Salmo 77 recuerda cómo actúa Dios en la historia de Israel: "lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, lo contaremos a la futura generación: El Señor nos dio un trigo celeste para compartirlo". El salmista cuenta que el don del maná es una lluvia benéfica y gratuita. Las puertas del cielo ya no son para dejar pasar un diluvio, sino para sostener a Israel con el maná, a cambio de que Israel y nosotros sostengamos el compartir el pan con los hermanos.

El pan partido para tantos, es expresión del amor de Jesús

Ángelus del Papa Francisco, agosto 2 de 2015

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo continúa la lectura del capítulo sexto del Evangelio de san Juan. Después de la multiplicación de los panes, la gente se había puesto a buscar a Jesús y finalmente lo encuentra en Cafarnaúm. Él comprende bien el motivo de tanto entusiasmo por seguirlo y lo revela con claridad: «Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros» (Jn 6,26). En realidad, esas personas lo siguen por el pan material que el día anterior había saciado su hambre, cuando Jesús había realizado la multiplicación de los panes; no habían comprendido que ese pan, partido para tantos, para muchos, era la expresión del amor de Jesús mismo. Han dado más valor a ese pan que a su donador. Ante esta ceguera espiritual, Jesús evidencia la necesidad de ir más allá del don y descubrir, conocer, al donador. Dios mismo es el don y también el donador. Y, así, de ese pan, de ese gesto, la gente puede encontrar a Aquel que lo da, que es Dios. Invita a abrirse a una perspectiva que no es solamente la de las preocupaciones cotidianas del comer, del vestir, del éxito, de la carrera. Jesús habla de otro alimento, habla de un alimento que no se corrompe y que es necesario buscar y acoger. Él exhorta: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre» (v. 27). Es decir, buscad la salvación, el encuentro con Dios.

Con estas palabras nos quiere hacer entender que más allá del hambre físico el hombre lleva consigo otra hambre —todos tenemos esta hambre— un hambre más importante que no puede ser saciada con un alimento ordinario. Se trata de hambre de vida, hambre de eternidad que solamente Él puede saciar porque es «el pan de vida» (v. 35). Jesús no elimina la preocupación y la búsqueda del alimento cotidiano, no, no elimina la preocupación por lo que te puede mejorar la vida. Pero Jesús nos recuerda que el verdadero significado de nuestra existencia terrena está al final, en la eternidad, está en el encuentro con Él, que es don y donador, y nos recuerda también que la historia humana con sus sufrimientos y sus alegrías tiene que ser vista en un horizonte de eternidad, es decir, en aquel horizonte del encuentro definitivo con Él. Y este encuentro ilumina todos los días de nuestra vida. Si pensamos en este encuentro, en este gran don, los pequeños dones de la vida, también los sufrimientos, las preocupaciones serán iluminadas por la esperanza de este encuentro. «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás» (v. 35). Esta es la referencia a la Eucaristía, el don más

grande que sacia el alma y el cuerpo. Encontrar y acoger en nosotros a Jesús, «pan de vida», da significado y esperanza al camino a menudo tortuoso de la vida. Pero este «pan de vida» nos ha sido dado con un cometido, esto es, para que podamos a su vez saciar el hambre espiritual y material de nuestros hermanos, anunciando el Evangelio por todas partes. Con el testimonio de nuestra actitud fraterna y solidaria hacia el prójimo, hagamos presente a Cristo y su amor en medio de los hombres.

Que la Virgen santa nos sostenga en la búsqueda y en el seguimiento de su Hijo Jesús, el pan verdadero, el pan vivo que no se corrompe y dura para la vida eterna.

Pan de vida eterna

P. José Antonio Pagola

¿Por qué seguir interesándonos por Jesús después de veinte siglos? ¿Qué podemos esperar de él? ¿Qué nos puede aportar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Nos va a resolver acaso los problemas del mundo actual? El evangelio de Juan habla un diálogo de gran interés, que Jesús mantiene con una muchedumbre a orillas del lago Galilea.

El día anterior han compartido con Jesús una comida sorprendente y gratuita. Han comido pan hasta saciarse. ¿Cómo lo van a dejar marchar? Lo que buscan es que Jesús repita su gesto y los vuelva a alimentar gratis. No piensan en otra cosa.

Jesús los desconcierta con un planteamiento inesperado: "Esforzaos no por conseguir el alimento transitorio, sino por el permanente, el que da la vida eterna". Pero ¿cómo no preocuparnos por el pan de cada día? El pan es indispensable para vivir. Lo necesitamos y debemos trabajar para que nunca le falte a nadie. Jesús lo sabe. El pan es lo primero. Sin comer no podemos subsistir. Por eso se preocupa tanto de los hambrientos y mendigos que no reciben de los ricos ni las migajas que caen de su mesa. Por eso maldice a los terratenientes insensatos que almacenan el grano sin pensar en los pobres. Por eso enseña a sus seguidores a pedir cada día al Padre pan para todos sus hijos.

Pero Jesús quiere despertar en ellos un hambre diferente. Les habla de un pan que no sacia solo el hambre de un día, sino el hambre y la sed de vida que hay en el ser humano. No lo hemos de olvidar. En nosotros hay un hambre de justicia para todos, un hambre de libertad, de paz, de verdad. Jesús se presenta como ese Pan que nos viene del Padre, no para hartarnos de comida sino "para dar vida al mundo".

Este Pan, venido de Dios, "da la vida eterna". Los alimentos que comemos cada día nos mantienen vivos durante años, pero llega un momento en que no pueden

defendernos de la muerte. Es inútil que sigamos comiendo. No nos pueden dar vida más allá de la muerte.

Jesús se presenta como "Pan de vida eterna". Cada uno ha de decidir cómo quiere vivir y cómo quiere morir. Pero, quienes nos llamamos seguidores suyos hemos de saber que creer en Cristo es alimentar en nosotros una fuerza imperecedera, empezar a vivir algo que no acabará en nuestra muerte. Sencillamente, seguir a Jesús es entrar en el misterio de la muerte sostenidos por su fuerza resucitadora.

Al escuchar sus palabras, aquellas gentes de Cafarnaúm le gritan desde lo hondo de su corazón: "Señor, danos siempre de ese pan". Desde nuestra fe vacilante, a veces nosotros no nos atrevemos a pedir algo semejante. Quizás, solo nos preocupa la comida de cada día. Y, a veces, solo la nuestra.